

Esperança Bosch Fiol

Professora UIB

**Investigadora principal del
Grup d'Estudis de Gènere**



CUANDO LA REALIDAD NOS AVERGÜENZA

El abrumador número de mujeres asesinadas por sus parejas o ex parejas en estos últimos meses resulta, sin duda, inasumible para cualquier persona de bien. La pregunta es inevitable, ¿qué está pasando?, ¿qué es lo que falla?

Ante una situación tan dramática sería excesivamente simple culpar a la ley integral, y totalmente menospreciable utilizarlo como munición electoralista. Deberíamos ser capaces de analizar la situación desde su complejidad, y para ello despojarnos de mitos y falsas creencias que sólo sirven para confundir, añadiendo también la suficiente dosis de autocritica. La violencia contra las mujeres no son actos aislados, fruto de la locura de un individuo, ni reacciones desesperadas de hombres en crisis. Los agresores no son enfermos, ni personas marginadas, ni la explicación la debemos buscar (sólo) en el consumo de alcohol o cualquier otra droga. Existe un sustrato cultural enquistado y podrido en todos ellos que les lleva a querer mantener el poder y control sobre sus parejas a costa de cualquier cosa, de su vida si es necesario. Utilizan la violencia como una forma de hacer valer ese poder y unos privilegios a los que creen tener derecho por el simple hecho de ser varones. Dicen que aman, pero sólo desprecian, aseguran que no pueden vivir sin ellas, pero lo que quieren es verlas muertas, en un último acto supremo de dominio. Y, por favor que ya nunca nadie más caiga en la trampa, no son crímenes por amor, no son crímenes pasionales, es odio y desprecio unido a una arrogancia perversamente construida desde una masculinidad que interpreta como una ofensa y humillación intolerable un *ya no te quiero* de su compañera.

Ante todo ello, y valorando los avances conseguidos hasta el momento, que sin duda son importantes, la sociedad en su conjunto tiene que ser mucho más contundente en el aislamiento y desprecio hacia el maltratador y su mundo, pero también hacia el machista que a base de chistes, bromas, o cometarios más o menos jocosos esconde esa mirada despreciativa hacia las mujeres, buscando, y, desgraciadamente, a veces encontrando la complicidad de algunos de sus colegas. Eso es precisamente lo que debería acabarse, pongámonos de acuerdo: tolerancia cero al machista, en todas sus posibles versiones, y una de ellas, y no precisamente menor, es la presencia mediática de aquellos voceros que, ocultos tras la máscara de supuestos luchadores por la igualdad, vierten continuas dudas sobre la legitimidad de las denuncias de malos tratos, hablando de números abrumadores de denuncias falsa, ofreciendo una imagen de las mujeres como seres vengativos y malévolos que sólo buscan provocar la ruina de sus parejas. Ellos son los que mienten, y lo saben. Ignoran conscientemente las

estadísticas oficiales que recuerdan tozudamente que estas denuncias falsas son una minoría no significativa en el conjunto de denuncias, por tanto que las mujeres que acuden a los juzgados en busca de justicia y protección, en su inmensa mayoría hablan de una realidad aterradora, y lo que quieren es ejercer libremente su derecho a la ciudadanía, sin amenazas, golpes, humillaciones ni desprecios por parte de alguien que, aunque recordándole continuamente que no vale nada como ser humano, se niega a separarse de ella, se niegan a que pueda vivir en paz.

Quizás este tipo de campañas sea uno de los factores que expliquen porque actualmente hay menos denuncias. Si eso se demostrara nos encontraríamos ante una situación muy grave, ya que de alguna manera podríamos considerarlos como cómplices. Pero habría otra posible causa, también por explorar más detenidamente, muy ligada a la situación actual. Nos referimos a los efectos que la crisis económica actual puede tener a la hora de considerar viable o no la decisión de no aguantar más una situación de malos tratos y dar un paso hacia delante. La precariedad económica ha actuado históricamente para muchas mujeres como uno de los factores disuasorios más determinantes, no es por tanto descabellado pensar que, cuando las circunstancias son nuevamente difíciles y la independencia económica una quimera se vea como imposible una separación. Sin denuncia no puede haber protección, y sin protección el peligro acecha libremente. Vivimos en un mundo complejo, pero, precisamente por ello es más necesario que nunca reivindicar los valores de justicia igualdad y solidaridad, en definitiva creen en los derechos humanos (y los derechos de las mujeres son derechos humanos) y estar dispuestos y dispuestas a luchar por ellos, pero de verdad, exigiendo que estén presentes en las agendas políticas, sin paternalismos ni condescendencia. La violencia de género es un problema que tienen los hombres y que sufren las mujeres, y las mujeres somos la mitad de la humanidad. Deberíamos aprender que el amor no es eso, que quien agrede odia, no ama; que una separación no es un fracaso, sino una oportunidad de rehacer la vida, que los celos son perversos y peligrosos y no manifestaciones de pasión eterna, en fin, deberíamos aprenderlo y enseñarlo a los jóvenes. Nada más escalofriante que un maltratador adolescente y nada más evidente de un fracaso colectivo.

Y, hablando de todo un poco, ¿Para cuándo la aprobación de la Ley de Igualdad de nuestra Comunidad, que está en lista de espera en el Parlament? No estaría de más que nuestros representantes demostraran que están a la altura de las circunstancias y se tomaran en serio una ley que promete ser un instrumento valioso para hacer efectivos estos derechos humanos de los que hablábamos, porque no podemos olvidar aquello que las feministas de los años sesenta proclamaron: lo personal es político.